

January 1986

Educarse para Educar

Luís Enrique Ruiz Lopez

Universidad de La Salle, gedaesal@gmail.com

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

Citación recomendada

Ruiz Lopez, L. E. (1986). Educarse para Educar. Revista de la Universidad de La Salle, (13), 9-10.

This Editorial is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Revista de la Universidad de La Salle by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Educarse para Educar

Dr. LUIS ENRIQUE RUIZ LOPEZ
DECANO FACULTAD FILOSOFIA Y LETRAS

MAESTRO ES: QUIEN NO PUEDE OCULTAR LA RIQUEZA DE SU PROPIO SER

“El que me ve a mí ha visto al Padre”, respondió Jesús a la solicitud de Felipe (Jn.14,9) y en tal respuesta, en efecto, expresaba el fundamento de su autoridad como “Maestro”.

A partir de este pasaje evangélico ha quedado claro que “Maestro” no es tanto el que mucho habla o mucho adiestra, sino aquel que no puede ocultar la riqueza de su propio ser y por lo mismo subyuga a quienes le siguen.

Los que nos decimos educadores cristianos estamos a veces muy lejos de este ideal. En este caso, en vez de poder decir “Quien ve al educador queda subyugado por los valores cristianos que vive”, en muchas ocasiones —desafortunadamente— parece que conviniera afirmar más bien: ‘ ‘ Si eso es ser cristiano no vale la pena intentarlo’ ’; bien por la mojigatería, por el fanatismo infantil, por la falta de calidad humana y profesional, o bien por el fariseísmo y la incongruencia entre lo que se dice y lo que se hace; y si bien la lógica nos enseña que las características o circunstancias personales de quienes promulgan una doctrina no la invalidan ni le dan validez, el testimonio indudablemente contagia, bien estimulando o bien desmotivando hacia el compromiso con esta doctrina.

Nada, en efecto, puede producir más resentimiento y desánimo que ver a una persona dando manifestaciones públicas de cristianismo, y luego encontrarla: intrigando insidiosamente contra los demás, pisoteando su dignidad, explotándolos, engañándolos, haciendo con ellos negocios sospechosos; mejor sería para ella, dejar de aparecer como Educador Cristiano. ¿Y qué no decir de una “comunidad”, que se presente como educadora y cristiana, en la que reine la discordia, el resentimiento, la insidia y la mutua sospecha?

El pensamiento Lasallista es sumamente valioso a este respecto: “Si la Iglesia insiste en proclamar su carácter comunitario, —enseña— es porque se presenta como pueblo de Dios. A este título se declara sacramento de la presencia de Dios entre los hombres y resalta la primacía del testimonio en el apostolado”. (Declaración sobre el Hermano en el mundo actual, 10.2).

“Dentro del Pueblo de Dios, (los Educadores Cristianos) ... son signo de la acción y presencia del espíritu de Dios en la historia de los hombres; signo de la realidad ya presente del mundo futuro, inaugurado por Jesucristo y anunciado por la palabra de la Iglesia; signo de la fuerza del Resucitado...”. (Decl. 26,2).

Y añade:

“Dicho testimonio es hoy más necesario que nunca, pues en nuestro mundo científico y técnico el hombre desea tocar, en cierto modo, las realidades para creer en ellas...”. (Decl. 26,3).

Y toda esta riqueza conceptual se debe a que el propio San Juan Bautista de La Salle ya había establecido: “otro motivo que debe impele-ros a proceder en vuestro estado con celo ardiente: que no sólo sois ministros de Dios, sino también de Jesucristo y de su Iglesia”. (Med. 201, n).

O también, en la valiosísima Meditación 69: “Vosotros ejercéis un empleo en que todos os observan, y que os obliga por consiguiente a poner en práctica el consejo que San Pablo da a su discípulo Tito: Muéstrate en todo dechado de buenas obras por la doctrina, la integridad de las costumbres, la regularidad de tu conducta y la gravedad”.

“En primer término os observan los alumnos; por lo tanto, estáis obligados a darles buen ejemplo en relación con cuanto les enseñáis; a imitación del Señor quien, según afirma San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, comenzó por obrar antes de enseñar. Esto es lo que os autorizará delante de ellos”. (Med. 69,1).

Así, pues, nuestras actitudes, nuestros gestos, nuestras palabras, acciones u omisiones traducen bien la riqueza de nuestro ser como Educadores Cristianos, o al contrario, la inautenticidad corrosiva de nuestra vida.

En ello radica el dilema del Educador Lasallista.